



Presentación

En la parte monográfica de este número, dedicada a “La transformación de la política”, se agrupan trabajos llegados a nuestra revista, de forma independiente, y que tienen en común abordar los cambios que se han producido en la esfera política en los últimos tiempos. En apenas unos años algunos de los supuestos básicos de la democracia se han visto alterados de tal forma que se ha tenido la tentación de afirmar que hemos entrado en una época de “post-democracia”. Ha bastado el tiempo de desarrollar una carrera académica, como la del profesor Massari, centrada en la investigación y la docencia, para poder advertir la naturaleza de esa alteración de los conceptos tradicionales de la política.

El trabajo del profesor Oreste Massari, redactado con motivo de su lección jubilar, muestra de forma ejemplar el alcance de las profundas modificaciones que se han producido en nuestra forma de entender la democracia. Al tiempo que el autor va desplegando su autobiografía intelectual, en la que ocupa un lugar esencial el estudio de los partidos políticos, nos va señalando la importancia que tienen en las democracias y las profundas transformaciones que se han venido produciendo desde el modelo inglés hasta el Movimiento Cinco Estrellas e incluso más allá. Los partidos no son solo un recurso de la democracia, sino también un problema que debe analizarse en relación con las instituciones, puesto que desarrollan funciones públicas y cualquier tentativa de reforma constitucional debe situarse en las variables de cada sistema político-institucional.

Cuando el profesor Massari traza las líneas principales de su desarrollo intelectual, no deja de lado su formación con filósofos ligados al marxismo como Cerroni o su encuentro con la obra de Mortati, además de su relación con Sartori o Pasquino, porque la naturaleza de su indagación le ha puesto de relieve, como apunta al final de su lección, la necesidad de abrirse a otras dimensiones culturales, propias de la historia, la sociología, la economía, el derecho constitucional o la teoría política. La división del saber es un instrumento muy útil e indispensable para el avance del conocimiento, pero los objetos reales no se dividen por disciplinas y sub-disciplinas y es necesario recuperar una circularidad del saber que refleje de algún modo la unidad de los objetos. Para *Política y Sociedad*, que desde sus orígenes acoge esa perspectiva interdisciplinar, esa afirmación de un investigador tan destacado en el momento de reflexionar sobre su propia labor, tras toda una vida dedicada al estudio, tiene un valor excepcional.

El profesor Massari intenta huir de las demasiado frecuentes lamentaciones respecto a la evolución que se ha producido en los partidos políticos en los últimos tiempos. Es difícil entender la democracia representativa, el tiempo que aún hoy vivimos, como él afirma, sin los partidos y el análisis histórico que él ha realizado a través de su obra demuestra las extraordinarias transformaciones que se han producido en el modo de entenderlos a través del tiempo. La mayoría de los nuevos partidos no son incompatibles con la democracia y a medida que se van incorporando al Parlamento y a las instituciones van asimilándose al sistema político, aunque modificándolo. El único que para el autor no es compatible con la lógica del funcionamiento de la democracia es el partido personal.

Al término, lo que nos enseña el texto de Massari es que la realidad no está cumplida, sino en constante cambio y los partidos políticos y los Parlamentos tienen que ir adaptándose a las nuevas circunstancias. En último extremo, los partidos políticos de nuevo cuño que ahora están surgiendo pueden no gustar a todos, pero pueden también responder a las exigencias de las sociedades actuales y en muchas ocasiones sería demasiado simple calificarlos como anti-sistema, porque un sistema dinámico está siempre, por definición, en continuo movimiento y no se trata solo de explicar su aparición, sino más bien de “comprender” su significado.

Durante algún tiempo pudo pensarse que el derrumbe de los regímenes que habían intentado construir el “socialismo real” traería consigo el establecimiento de la democracia occidental, tal como la conocemos, con sus logros y sus limitaciones, por toda la tierra y el final de cualquier anhelo utópico. Sin embargo, los artículos recogidos en este monográfico lo que muestran es la ambivalencia de la dialéctica entre realidad y utopía.

Los nuevos tiempos llevan de forma algo paradójica a que George Orwell se convierta, con su distópica *1984*, en uno de los autores más relevantes y en un punto de referencia inexcusable para entender el presente. En ese autor se centra otro de los trabajos de este número, aunque no tanto en sus obras más populares como en otra novela, *Subir a por aire*, menos conocida pero que podría tener un interés quizás incluso mayor en la actualidad, cuando se ha producido lo que se denominó “el declive del hombre público”.

Puede resultar curioso que un escritor caracterizado por su compromiso político lleve a reivindicar la importancia de los actos “apolíticos”. El ciudadano podría encontrar su forma de resistirse al poder no ya actuando en la esfera pública, sino en la plenitud de su vida cotidiana. Cuando la política lo invade todo, el acto apolítico podría constituir la mejor forma de ejercer la resistencia, aunque, como reconoce el autor del artículo, sea muy difícil de determinar. Lo que nos aparece entonces ante los ojos es la infra-política: “uno debe implicarse en lo que crea, pero no perder de vista jamás aquello que está más allá de lo político”. Al final esa infra-política sería la máxima expresión de la política. Desde ese punto de vista, puede ser un medio más eficaz de cumplimiento de las expectativas humanas el modesto ejercicio de las tareas diarias que la construcción de la sociedad ideal.

Puede parecer extraño que quien tomó parte activa en los acontecimientos de su época (y no se limitó a ser un espectador, llegando a participar en la guerra civil española y legándonos uno de los más emotivos testimonios de las complejidades de las diferentes visiones que estaban en lucha), considere como su ideal la resistencia frente a la presión externa, para escapar de la opresión de sus propias

actividades, de tal modo que se torne más probable la llegada de “un mundo en que los actos gratuitos, anti-ortodoxos y personales sean más frecuentes, un mundo en el que sea más fácil respirar”.

La preocupación por la utopía y el fin de las ideologías también aparece en el artículo que estudia “La transparencia, lo abierto y su política”. La común demanda de transparencia no sería más que un reflejo de la “ideología del fin de la ideología”, dejando de ser, en apariencia, una cuestión política. El autor, sin embargo, señala la necesidad de indagar en esa política que hay que sacar a la luz, porque, afirma, hay una “transparencia de izquierdas” y una “transparencia de derechas”.

La sociedad abierta y la exigencia de un correspondiente “gobierno abierto” parecería alejarnos del futuro distópico imaginado por Orwell o Zamyatin, pero en el fondo lo que hace es buscar un refugio a la utopía en el sueño tecnológico, que puede transformarse en una pesadilla. La sociedad de la transparencia puede convertirse en un orden inquisitorial que lleva a la trivialización de la democracia. Hay que indagar el verdadero sentido de la transparencia más allá de una mera exposición a la luz pública, que la sociedad tecnológica permite.

En realidad, el origen del deseo de transparencia se encuentra en la crisis de confianza, tan extendida en el momento presente. Nunca ha existido mayor transparencia que en el presente, pero eso no implica una mayor democracia, porque ahora todo se torna translúcido... “menos quien manda”. El verdadero poder queda sumergido en la oscuridad, por lo que la transparencia por sí misma no lleva aparejada un incremento de confianza en las instituciones.

Es necesaria una profundización en el estudio de la transparencia, que debe ser “fruto del esfuerzo de comunidades que quieren saber sobre temas específicos, adoptar el papel de agentes y renunciar al de espectadoras”. Como concluye el autor, “se trata de devolver la transparencia al activismo y salvarla de la industria de los datos”, porque “si no, la retórica omnipresente de la transparencia de derechas tendrá el efecto de desactivar su valor político y trivializarlo, volviéndose contra aquellos que menos poder tienen”.

En esa reformulación de los conceptos políticos, el 15-M ha tenido una importancia decisiva y el último de los artículos de la parte monográfica de este número estudia las experiencias de ocupación y gestión del espacio público, que han alcanzado mayor visibilidad a raíz de ese movimiento. Se trata de pasar del examen del espacio de la política a la “política del espacio”, en la teoría y en la práctica. El movimiento del 15-M tuvo como una de sus afirmaciones fundamentales el cuestionamiento de los sentidos sociales asociados al espacio. “Tomar la plaza” era una manera de establecer ese reconocimiento de lo común y la reapropiación de lo colectivo.

En el trabajo se estudia, con referencia directa al caso de Extremadura, el paso de la “ocupación” a la “okupación”, en el marco de la dramática situación social que atraviesa la Comunidad. Se trata de combinar la elaboración de un entramado teórico con experiencias concretas que presentan características propias: “en el caso extremeño, la conexión entre las luchas por el espacio público y la lucha por las viviendas y edificios sin uso se evidencia a través de una politización del espacio que, al contrario de otras regiones, no se realimenta con experiencias previas”.

El 15-M llevó consigo una activación de energías comunitarias que dinamizó colectivos que parecían exangües, convirtiendo demandas sociales en intensos requerimientos políticos, alumbrando una exacerbación de la política, una “hiperpolítica”, pero cuyos objetivos tampoco eran tan lejanos a los de la “infrapolítica”, porque lo que se pretendía no era más que la posibilidad de llevar “una vida mejor”.

La transformación de la política a la que hacen referencia todos estos artículos se mueve en esos espacios de profundización de la democracia, quién sabe si incluso más allá de la democracia representativa o al menos modificándola en aspectos esenciales, abandonando “la ideología del fin de la ideología” para internarse en “la utopía del fin de la utopía”